

Julio Caro Baroja, a quien Luis Díaz Viana recuerda (83-84), merecidamente, como ejemplo de humildad y sabiduría.

ENRIQUE FLORES

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

Philippe Joutard. *Esas voces que nos llegan del pasado*. Trad. Nora Pasternac (1983). Buenos Aires: FCE, 1999; 143 pp.

Sostiene Philippe Joutard que, en los trece años transcurridos entre la primera edición en español de *Esas voces que nos llegan del pasado* y esta reedición, que ahora me ocupa, la historia oral ha alcanzado su madurez; y fundamenta su aseveración recordando la riqueza y diversidad de textos vinculados a esta perspectiva, leídos en varias conferencias y coloquios internacionales.

En el balance de la evolución de la historia oral a lo largo de 25 años, realizado por Joutard en 1995, queda claro el doble movimiento de esta disciplina: ha alcanzado el rigor académico sin perder su dinamismo e inconformismo iniciales. La historia oral ha dado la palabra a los excluidos, en primer lugar a las mujeres, contribuyendo definitivamente a la historia de género. Ha prestado atención al mundo popular, aun en sus manifestaciones de extrema pobreza y analfabetismo, y tomado en cuenta a las minorías, con frecuencia olvidadas por la historia tradicional. Una de sus aportaciones es la inclusión de un punto de vista diferente: el del imaginario creador de acción. Asimismo estudia “la memoria en sí misma como objeto de historia y no como su simple apoyo” (7). En este sentido, una herramienta fundamental es la encuesta oral, que despierta la memoria.

La historia oral se desarrolló junto con las grabadoras de sonido y se ha beneficiado con los progresos de las tecnologías informáticas de la comunicación, como los videos o el internet. El autor adelanta aquí algunas de las reflexiones sobre el uso de las grabadoras y el método de la encuesta oral, que abordará posteriormente.

En América Latina puede hablarse de la polarización entre una tendencia militante, radicalmente alternativa, de la historia oral, y una

tendencia académica. En tanto a la primera le interesa hacer historia desde abajo, desde el punto de vista de los excluidos, sin interpretar ni tomar distancia, a la tendencia académica le interesa transformar la memoria en historia. La posición de Joutard conjuga ambas vertientes; se propone ser, más allá de memorialista, historiador, con todo lo que ello implica: tomar distancia, cruzar los discursos, confrontar los testimonios orales con textos escritos, mirar a los excluidos como participantes plenos de la historia. Es la crítica histórica la que puede dar validez a las voces de las víctimas de las numerosas opresiones que existieron en el siglo XX.

El autor dedica dos de los nueve capítulos que constituyen el texto a rastrear a los precursores de la historia oral. A este fin, en el capítulo inicial se remonta hasta Tucídides y Herodoto, aclarando que entonces era normal basarse en testimonios orales, pues apenas se contaba con documentación escrita. Tres siglos después de estos historiadores surge uno que afirma la superioridad de los testimonios orales sobre los escritos, ya para entonces abundantes. Polibio piensa, sin embargo, que la presencia del historiador en los hechos relatados es aún superior al testimonio oral; sin embargo, el historiador debe estar capacitado para cumplir su función.

No obstante este uso del testimonio oral, el desarrollo de las cancillerías de Estado, la multiplicación de los manuscritos, desde el acta notarial hasta el documento paleográfico, y más adelante la invención de la imprenta, colaborarán a que, en la época moderna, la información escrita tenga prioridad sobre la oral. Para algunos eruditos la escritura es sinónimo de verdad de los hechos. Las fuentes orales, y la tradición misma, empiezan a ser cuestionadas; un ejemplo de ello es lo asentado por Voltaire en su *Diccionario filosófico*, pues opone los relatos para niños o las fábulas, que fundamentan toda historia y se transmiten oralmente de una generación a la siguiente, a la verdad. Voltaire toma en cuenta la voz de los testigos oculares, siempre y cuando tengan cierta importancia social, pues los considera los únicos actores de la historia. No está, por ello, entre los verdaderos precursores de la historia oral propiamente dicha, la cual se funda con la voz de las minorías perseguidas que deben justificar su existencia. Así, las primeras recolecciones de archivos orales datan del siglo XVIII, en la guerra de los camisardos,

cuando los protestantes franceses se rebelaron e iniciaron una guerra acompañada de prácticas proféticas. Este episodio histórico dio lugar a varias encuestas; la más importante, en el mismo siglo, hecha por Antoine Court, a quien Joutard considera el verdadero fundador de la historia oral francesa. Court tardó cerca de veinte años en escribir una historia de la guerra de los camisardos, confrontando los testimonios orales con el material escrito, recopilando los testimonios no sólo de los actores centrales, sino los de los hombres comunes.

La denominación “historia oral” se debe a Samuel Johnson, quien en 1773 sugirió reunir relatos de los contrincantes en una rebelión de los escoceses contra la dominación inglesa, que había tenido lugar casi tres décadas antes.

El estudioso Raphael Samuel descubrió en los glosarios de dialectos regionales británicos, los más antiguos de los cuales son del siglo XVII, fuentes orales que documentan la vida cotidiana de las comunidades. A partir del siglo XVIII, en que varios textos reflejan el interés de algunos investigadores ingleses y estudiosos alemanes, en especial Herder, en las culturas populares orales, queda claro que las tradiciones populares son la fuente de la cultura de una nación, así como de su fecundidad artística. Se reconoce, asimismo, el valor de la encuesta etnográfica. El autor menciona también los trabajos precursores de la etnografía en Rumania y en Francia.

En el segundo capítulo, Joutard recuerda el establecimiento de la historia como ciencia, fenómeno que tuvo lugar a comienzos del siglo XIX, y la primera actitud de esta nueva ciencia frente a la tradición oral, una actitud crítica. Los historiadores franceses mostraban una verdadera devoción por la palabra escrita, depositaria de la memoria y, en consecuencia, sentían desconfianza ante la transmisión oral, que con tanta facilidad modifica la información. A su vez, la filología, “el método que convierte a la historia en ciencia”, se ocupa solamente del texto escrito (51).

Un factor imprescindible en esta etapa fundacional de la ciencia histórica fue la creación de grandes archivos, que a la vez concentran la información y permiten su acceso público. En Francia, la Revolución integra en los archivos del estado los documentos señoriales o eclesiásticos, antes privados, y considera que tales archivos son propiedad de la

nación. Movimientos análogos ocurren en Inglaterra, Bélgica y los Estados Unidos. Para acceder a la información contenida en estos centros, se desarrolla la paleografía. En esta fase, el pensamiento de los historiadores es eurocéntrico, enfocado a la política y a las personalidades dirigentes. Son estas las fuentes que les interesan; el folclor, asociado a lo anecdótico, queda fuera de los marcos de la nascente disciplina.

La alfabetización continua que se realiza en el siglo XIX y la ideología de la escuela, como factor de progreso y liberación, contribuyen a la fidelidad de los historiadores a los documentos escritos. La encuesta oral, a excepción de algunos notables ejemplos en Europa y los Estados Unidos, se confina en la marginalidad geográfica o social.

En Francia, la curiosidad por la cultura popular se manifestó en forma administrativa y política; un diputado de la Asamblea Constituyente a fines del siglo XVIII difunde, a través de un periódico, una serie de preguntas sobre el dialecto y las costumbres de la gente del campo. Esta voluntad por parte del poder central de conocer las poblaciones locales se vincula con un gran movimiento de estadísticas que ya no versan sólo sobre el estado económico y demográfico del país, sino también sobre su historia y costumbres.

Algunos escritores jugaron un papel muy importante en los inicios de la historia oral. Por ejemplo, Walter Scott, cuya obra se inscribe dentro de la concepción romántica que propicia el surgimiento del folclor, palabra surgida en 1846. A su vez, George Sand encuentra una fuente de inspiración en tradiciones, creencias y leyendas populares, además de fomentar la labor de los primeros folcloristas.

Uno de los primeros historiadores orales fue Michelet, con su obra *El pueblo* (1846). Pensaba Michelet que es a través de sus actos y sus palabras como mejor puede captarse el genio popular; no obstante, apenas empleó el método de la encuesta oral.

El primero en utilizar la expresión "historia oral" fue Barbey d'Aureville, en su novela *La hechizada* (1852); pero su tratamiento de las fuentes orales no es sistemático, pues no le interesaba aspirar a la precisión del historiador. Tanto este autor como Michelet descubrieron la importancia de la transmisión oral por la vía de la experiencia familiar.

La herencia de George Sand y Michelet, más que por los historiadores fue asumida por los practicantes de una nueva disciplina, los fol-

cloristas, quienes, sin embargo, en su mayoría, se distanciaron de la historia. Fueron precursores de la historia oral; como lo fueron asimismo los dialectólogos y los geolinguistas que, en la primera mitad del siglo XX, se preocuparon por registrar, con precisión, la diversidad de las hablas francesas.

En la primera década del siglo XX se inaugura, en la Universidad de París, el primer archivo de la palabra, un laboratorio de grabaciones. Estas primeras colecciones se vinculan más a la lingüística y a la etnología que a la historia. Sin embargo, la institucionalización de archivos sonoros aparece en Francia más bien tardíamente, después que en Austria y Alemania, a finales del XIX.

El tercer capítulo se dedica al nacimiento de la historia oral moderna. Hay consenso entre los historiadores en que la historia oral nació en los Estados Unidos, poco después de la segunda Guerra Mundial, y sólo se difundió fuera de sus fronteras a finales del decenio de 1960, primero en el Reino Unido y luego en Francia. Ciertamente, hubo grabaciones anteriores en diversos países europeos, pero la sistematización e institucionalización de la práctica se inicia cuando Alan Nevin, de la Columbia University, entrevista a un político de la ciudad y crea una organización para conservar archivos orales y escritos. El centro fue modelo para otros proyectos norteamericanos de historia oral. La grabación se concebía como un medio que culminaría en un documento.

En esta etapa el centro pretendía limitarse a ser banco de datos y fábrica de archivos orales, sin interesarse en sintetizar, explotar o interpretar la información. La historia oral se concebía más como una herramienta que como una disciplina, y enfrentaba un problema adicional: estar al servicio de una epistemología histórica arcaica, centrada en los “grandes” hombres.

En la década de 1950, el movimiento se fue extendiendo con lentitud, para acelerarse a partir de la siguiente. En 1997 se funda la Asociación de Historia Oral Norteamericana, que organiza encuentros y publica revistas, boletines y bibliografías. La disciplina se consagra oficialmente cuando, en 1970, la Biblioteca del Congreso integra a su catálogo las grabaciones normalizadas.

En los albores de la historia oral, habría que mencionar asimismo una escuela sociológica, aproximada a la antropología, que llevó a cabo

trabajos de gran interés. Desarrollada en Chicago, después de la primera Guerra Mundial, esta tendencia recurría a la entrevista, la observación participante y la biografía como medios para analizar la realidad social. Uno de sus trabajos más interesantes fue una amplia encuesta en la que durante poco más de siete años —de 1935 a 1943— se indagó sobre las vidas de los negros del sur y los blancos humildes.

Ya en 1943 un antropólogo norteamericano había señalado la existencia de una cultura de los grupos dominados. Oscar Lewis trabajó con la población pobre de México, y su principal trabajo, *Los hijos de Sánchez*, la vida de una familia mexicana, es importante en la reconstrucción de la historia oral. La importancia de la obra se debe a la nueva técnica empleada por Lewis —grabar y entrecruzar las biografías—, la cual entra de lleno en el método histórico. *Los hijos de Sánchez*, que reproduce las palabras textuales de los protagonistas y donde la intermediación del entrevistador tiende a pasar inadvertida —pese a que hay una prolija labor de organización del material, para brindarle coherencia—, inaugura lo que será la novela verdad. El libro de Lewis resultaba novedoso, asimismo, por su voluntad de acceder a un público que fuera más allá del estrecho círculo de especialistas.

Son herederos de las enseñanzas de Lewis diversos estudios sobre los grupos marginados de la población norteamericana: negros, indios, chicanos, blancos pobres o de clase media.

La metodología de la entrevista biográfica ha sido aprovechada posteriormente tanto por investigadores universitarios como por periodistas menos rigurosos que se ocupan de la situación de diferentes regiones de la vida norteamericana. A los estudios realizados en universidades se suman los de muchos “aficionados” que desean conservar su memoria. Así, se cuenta con una amplia bibliografía, que va desde las tesis hasta los *best-sellers*.

Fuera de los Estados Unidos, en donde es indiscutible la aceptación, vitalidad y riqueza de la historia oral, surgen asociaciones nacionales de la disciplina en el Reino Unido (1973), Canadá y Australia (1974). En México hay en pie varios proyectos de historia oral; el más importante es el ligado al Museo Nacional de Antropología, que ha incursionado en la Revolución mexicana de 1910, en el papel de los campesinos en el cine mexicano como expresión de una cultura nacional, en la alfabetiza-

ción a partir de 1920 y en el sindicalismo. A partir de 1970 se han publicado folletos biográficos. Destaca el importante trabajo de Jean Meyer sobre la Guerra Cristera de 1926-1929, que ilumina la visión de los campesinos católicos que se enfrentaron al gobierno de la Revolución. El trabajo de Meyer muestra una historia que tanto el Estado como la Iglesia habían soterrado.

El Capítulo IV se titula “¿Una historia oral europea autónoma?”. Aquí el autor, con base en un encuentro internacional sobre historia oral llevado a cabo en Amsterdam en 1980, reseña el desarrollo de la disciplina en diversos países, mencionando los principales proyectos y las instituciones especializadas en cada país. Los participantes italianos, los británicos y los escandinavos fueron quienes presentaron mayor cantidad de ponencias; les seguían los alemanes y, en mucho menor número, los franceses. Joutard revisa el trabajo en diferentes países. Describe cómo desde el principio del siglo XIX los finlandeses ya indagaban acerca de las tradiciones orales y, en términos generales, los escandinavos han jugado un papel de pioneros; cómo en el Reino Unido el trabajo de irlandeses y escoceses, ambos con una enorme riqueza de tradiciones orales, se desarrolló antes que el de los ingleses. En este país, una corriente importante se dedica a redescubrir el pasado industrial, se publican autobiografías de obreros y se graban canciones de los distintos grupos de trabajadores. A fines del siglo XX, la investigación en historia oral británica no se realiza, de manera prioritaria, dentro de las universidades; se trata de una historia democrática, no sólo por no ser propiedad de especialistas universitarios, sino porque su objeto principal de estudio es el mundo popular.

En Italia, si bien hay muchas investigaciones basadas en la oralidad, los estudiosos han estado más bien aislados, incomunicados entre sí. Hay muchos proyectos llevados a cabo por militantes políticos, desligados de los universitarios. Los universitarios consideran que el trabajo de los militantes es poco científico y, a la inversa, los estudiosos más comprometidos políticamente sostienen que el análisis crítico practicado por los especialistas desnaturaliza la espontaneidad de la palabra popular. Recientemente, hacia la década de los ochenta, se han dado pasos para coordinar las investigaciones y ha quedado clara la necesidad de ir más allá de la mera recolección de datos, para llegar a análisis, y de superar la oposición entre la universidad y la historia oral.

En Alemania lo dominante en la historia oral es el interés por el mundo obrero. Actualmente se ha retomado la publicación de autobiografías obreras, tradición muy practicada en el siglo XIX e interrumpida durante el nazismo. Alemania tiene asimismo una larga historia de investigaciones folclóricas. También en Polonia existe una intensa práctica de historias de vida.

Joutard deja el caso de Francia para el siguiente capítulo, titulado “El retraso francés”. Como indica el título, aquí el autor trata de explicar el desarrollo menor de la historia oral en Francia, en comparación con otras naciones europeas, retraso tanto cronológico como cuantitativo. Aparte de las investigaciones individuales, las primeras empresas colectivas de historia oral datan de 1975, ocho años después de Inglaterra y veintiseis años después de los Estados Unidos.

Ya en capítulos anteriores el autor se había ocupado de este retraso. Lo relaciona con la tradición historiográfica francesa, fundada en una mitología, escrita y culta, que ha sustentado la problemática de la identidad nacional. En cambio, en Alemania, Escocia, Irlanda y el país de Gales —de los que Inglaterra se contamina—, el folclor ha sido parte constitutiva de la historia. La forja de la identidad se basa en una historia arraigada en una mitología que recurre ampliamente a la cultura oral.

Pese a que la historiografía francesa empieza a ampliar sus intereses y renovar sus fuentes desde la etapa de entreguerras, ignora la encuesta oral. El gran folclorista, fundador de la etnología en Francia, Arnold Van Gennep, desea distinguirse de la historia. A su vez Lucien Febvre, renovador de la investigación histórica, acusa a los etnólogos de no tomar en cuenta el tiempo.

Joutard se refiere a las principales investigaciones francesas y relata su propia historia, cómo pasó de ser un investigador que desconfiaba de la historia oral a ser un entusiasta practicante de la encuesta. No acepta la oposición entre fuentes escritas y orales, ni la incomunicabilidad entre mundo de la cultura escrita y el de la cultura oral. A partir de la década de los setenta, la historia oral empieza a avanzar de firme. Se generaliza el uso de la grabadora. Las comunas y regiones descubren que la grabación les permite reencontrar su pasado cultural. No desean volver al pasado, sino descubrir los factores positivos o negativos que



forjaron sus respectivas mentalidades. Recientemente, a la grabadora se ha agregado el uso de la cámara cinematográfica.

Aunque los universitarios franceses tardaron en interesarse por la historia oral, actualmente participan activa y sistemáticamente en el campo. El objetivo central de los historiadores orales es entender el discurso que una comunidad enuncia sobre sí misma y sobre su pasado. Discurso que se expresa tanto por la literatura oral fijada como por conversaciones sobre la vida económica antigua, los usos, las costumbres, la historia local. Eso supone que la comunidad tenga un mínimo de identidad cultural. Un problema vigente es que las reservas de la comunidad de historiadores franceses respecto de la historia oral no han desaparecido por completo.

La pregunta que encabeza el capítulo VI, titulado “¿Un fenómeno de civilización?”, es si el vigoroso retorno del testimonio oral como fuente, en una sociedad de escritura, constituye una simple evolución de las técnicas o un fenómeno profundo y más global de civilización. El gusto por la encuesta oral, por aficionados y profesionales, en Europa y los Estados Unidos, tiene que ver con la búsqueda de identidad, con el ansia de tener un vínculo más vivo con el pasado. Ahora la memoria se ha vuelto una palabra clave, reiterada en títulos de colecciones, de emisiones, de libros; en discursos políticos. En la década de los sesenta, en cambio, en Francia, por ejemplo, el apego al pasado era considerado un obstáculo para la modernización del país, objetivo en que todas las corrientes ideológicas coincidían. Se pensaba incluso en convertir la historia en una materia optativa en la enseñanza secundaria. A partir de 1979, los profesores de historia y geografía, de tiempo atrás escandalizados por esta propuestas, encontraron eco en algunos políticos de izquierda, que también veían la necesidad de volver al pasado.

La voluntad de buscar las raíces, que responde a un profundo deseo de diferenciarse, cuestiona el culto al progreso y a la industrialización de la posguerra, los cuales conllevaban la uniformización acelerada, la desestructuración del campo y de los centros antiguos de las ciudades. Así, en 1968 los estudiantes proponen el retorno a la tierra, se desarrollan los movimientos regionalistas, las culturas minoritarias. El retorno a los orígenes no es un fenómeno que se dé sólo en Francia o en los países industrializados, sino una tendencia universal.

Por otra parte, la historia oral rescata la historia de la gente sencilla, sus peripecias triviales, lo cual es tan importante como preservar la memoria de los hombres ilustres. Desde los sesenta se ha desarrollado el interés por la historia de los obreros, las minorías étnicas, las mujeres.

El capítulo VI se denomina “Los territorios de la historia oral”. Recapitulando en forma más sistemática las observaciones antes expuestas acerca de los factores que influyeron en el impulso de la historia oral, Joutard señala cuatro ejes:

Primero, la entrevista oral ofrece testimonios de la historia de acontecimientos en el sentido clásico del término, ya sean políticos, económicos o culturales, tanto en forma aislada como vinculados entre sí.

En segundo lugar, la entrevista oral aporta su contribución a la etnohistoria; esto es, a una historia sin hechos notables, centrada en la vida cotidiana.

En tercer lugar, la entrevista oral pone de relieve el testimonio indirecto, no el de las personas que han vivido lo que cuentan, sino el que transmite lo que otros les han relatado, es decir, la tradición oral.

Por último, en otro orden de cosas, la entrevista oral nos informa de la manera en que funciona la memoria de un grupo.

Habría que decir que en la sociedad actual cada vez son menos los acontecimientos que no dejan huellas escritas. Sin embargo, los documentos escritos —más que todos, los oficiales— suelen pasar por la tendencia racionalizadora del escribano, que impone un orden en la confusión de los hechos. La realidad resulta así simplificada; los sobreentendidos, las tensiones implícitas quedan eliminados. La encuesta oral permite reconstruir estos elementos no escritos, acercarse al clima afectivo del momento histórico.

La historia que surge a través de las encuestas devela actores no tomados en cuenta y esclarece las causas de los acontecimientos. Deja ver otra cara de la historia; una versión no oficial, no institucional. Joutard hace hincapié, no obstante, en que las versiones oficiales o institucionales no son exclusivas del poder y de las clases dominantes. Por ejemplo, las organizaciones obreras, como todo grupo que al cobrar conciencia de sí mismo posee una memoria institucional, al verse amenazadas por el Estado, construyen y conservan una memoria oficial, que impone una

visión homogénea de su devenir y acerca de cada acontecimiento y excluye las contradicciones.

Por otra parte, las versiones orales no son necesariamente más apegadas a la verdad; también tienen prejuicios y estereotipos. Lo que importa es la posibilidad de confrontar las dos visiones de la historia, la oficial vinculada a los documentos escritos y la marginal ligada a la oralidad: ambas son facetas de la misma realidad.

A veces las encuestas permiten apreciar que los grandes acontecimientos en la vida de los pueblos dejan poca huella en la memoria oral, y esta es tal vez una de las causas del rechazo de los historiadores por los testimonios no escritos. Lo que los individuos perciben es la forma en que tales acontecimientos afectan la vida cotidiana. Sin embargo, las entrevistas permiten distinguir diversas reacciones con respecto a un hecho, variadas sensibilidades, de acuerdo con los diferentes grupos sociales.

Para Joutard lo fundamental en una investigación no es la cantidad de información recibida sino las representaciones de la realidad, las visiones del mundo descubiertas. Además, la historia oral no puede conformarse con la comprobación de la distancia entre la visión que el texto escrito da al historiador y la que la encuesta sobre el terreno proporciona al etnólogo. Debe buscar las huellas entre la vida cotidiana y los procesos políticos y económicos de mayor alcance; debe esforzarse por comprender mejor las relaciones entre el tiempo largo y el corto, entre el acontecimiento y la estructura.

Podría parecer ingenuo, romántico, ver las leyendas como fuente histórica, sin embargo no pueden ser desechadas por completo en una reconstrucción del pasado. Cualquier literatura oral, con alusiones históricas o con temática sobrenatural, puede ser objeto de estudio para el historiador.

El capítulo VIII se denomina “¿Construir archivos?”. Aquí Joutard analiza algunos de los problemas de los historiadores orales: la simpatía por sus interlocutores y el deseo de reivindicar a aquellos a quienes la historia escrita había ignorado; el culto al pueblo que se aproxima al espíritu romántico; la ilusión de descubrir “la realidad” sin la pantalla de los libros; todo ello conduce al historiador a tratar de borrarse como intermediario, eliminando el espíritu crítico, evitando emitir juicios. El

rechazo de la teoría, la ausencia de distancia respecto de su tema, por parte del historiador oral, pueden generar muchas confusiones.

En realidad, el documento oral tiene un carácter radicalmente nuevo, que introduce una nueva subjetividad en comparación con fuentes anteriores. El archivo oral surge en el diálogo entre entrevistador y entrevistado; es preciso cuestionar los procedimientos de construcción. A veces el entrevistador inexperto, por el contenido o la forma de la pregunta o bien por ciertas actitudes, condiciona en alguna medida la respuesta. Aun si sabe transmitir confianza y escuchar, la presencia misma del entrevistador influye sobre las contestaciones. Así, en determinadas culturas, los entrevistados no responden de la misma manera si el encuestador es hombre o mujer, por ejemplo. Tampoco responden igual a un estudioso con quien existe afinidad —geográfica, ideológica o de cualquier otra índole— que al que perciben totalmente ajeno. Las condiciones en las que se realiza la entrevista, por ejemplo, el lugar, puede también jugar un papel en las respuestas.

Todas estas variables, frente al estatismo de un archivo constituido por documentos escritos, pueden desanimar al historiador que desea establecer fuentes de análisis tan confiables como las escritas. La única solución con validez científica es asumir la subjetividad de la constitución del documento, como lo hacen los etnólogos. Esto es, indicar las condiciones de cada proyecto, la perspectiva general, la guía implícita o explícita de la entrevista, las condiciones de cada encuentro, detalles como los gestos del interlocutor, etcétera.

La entrevista no debe ser un interrogatorio en una sola dirección, sino un verdadero diálogo. La entrevista es una aventura común, que afecta tanto al encuestador como al interrogado.

En su conclusión, el autor reitera que aún no puede responder a la pregunta sobre el empleo de los términos “historia oral” o “archivos orales”. Historia oral es una denominación inadecuada porque ni existe el discurso oral puro en nuestras sociedades ni los testimonios orales adquieren significación si no es en comparación con los documentos escritos. No obstante, la denominación archivos orales tampoco satisface, pues la parte que tienen el historiador y el testigo en la fabricación del texto son muy grandes.

Por otra parte, si bien la historia oral da la palabra a los silenciosos de la historia, no necesariamente constituye una contrahistoria respecto de la oficial. El mérito de la historia oral es sacar a la luz realidades que se encuentran esparcidas en la inmensidad de lo escrito, hace ver al historiador la complejidad de lo real y la fuerza del imaginario.

Joutard agrega un apéndice a esta segunda edición que, en el título sintetiza su contenido: “La historia oral: balance de un cuarto de siglo de reflexión metodológica y de trabajos”. Aquí actualiza los debates más recientes sobre el tema, y los congresos y trabajos de los últimos años.

Puesto que muchos de los problemas de la historia oral analizados en *Esas voces que nos llegan del pasado* no han perdido vigencia, la reedición del libro en español es un acierto. El texto de Philippe Joutard, bien documentado y sugerente, científico y apasionado, constituye una estimulante invitación a la práctica de la historia oral.

EDITH NEGRÍN

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM